

«Bautismo y del Matrimonio, y visitado los enfermos, debemos dirigirnos al confesonario. Solamente tengamos que confesar veinte personas, debemos emplear á lo menos diez horas, lo que no es extraño si se atiende que hace diez, veinte y hasta treinta años que no se han confesado los penitentes, y que son por lo general tan poco instruidos que á duras penas podemos comprenderlos ni hacernos comprender. Se hace durante la misa una pequeña plática de veinte minutos, así como en la celebracion de los matrimonios cuando se presenta la ocasion: ¡cuántas veces somos interrumpidos en medio de estas ocupaciones! Se nos viene á buscar de muy léjos para los enfermos, atendida sobre todo la lentitud de los medios de transporte; debemos llevar además la capilla, pudiendo contar siempre tener ocupado todo el dia. Despues de haber administrado los Sacramentos á los enfermos, bautizado los niños, y llenado los demás ministerios mas indispensables, regresamos de aquellas excursiones del mismo modo que las hemos empezado, con barca ó silla de manos, debiendo emplear un tiempo precioso en estos ejercicios espirituales. Llegado al punto de partida debe uno ponerse de nuevo al confesonario, á menos de encontrar otros cristianos que vengan á buscarnos para ir á visitar nuevos enfermos; y todavía podemos contarnos por muy felices si no los encontramos muertos á nuestra llegada. El P. Esteve, que por cierto no se descuida, ha tenido en su distrito en el espacio de quince dias solamente siete ú ocho cristianos muertos sin recibir los Sacramentos. Si por el contrario se nos deja tranquilos, continuamos confesando hasta las ocho, las nueve, ó las diez de la noche; pudiendo tan solo acostarnos á las once ó media noche, para levantarnos á las cinco del dia siguiente, y esto aun en el caso de que no vengan á interrumpir nuestro sueño para ir á visitar otros enfermos, lo que acostumbra acontecer muchas veces. Cuando uno de esos enfermos nos pide, ¿podemos acaso decir que necesitamos descansar, que así lo reclama el estado de nuestra salud, que debemos cuidarnos? ¿Diríais acaso, aguardad hasta mañana? Puede tal vez que algun Padre os conteste: «Tengo el remordimiento de haberlo hecho una vez, y al dia siguiente cuando llegué el enfermo habia muerto, sin haberse confesado hacia mas de cuarenta años.» Tambien yo la semana última me hallé casi en el mismo caso, puesto que apenas habia administrado los Sacramentos á algunos enfermos cuando exhalaron en seguida su postrer suspiro, haciendo cuarenta y cin-

«cuenta años que no se habian confesado. Si á lo menos al regresar de estas penosas expediciones pudiese uno entregarse al descanso por algunas horas; pero léjos de esto, mi muy querido Padre, ya hallaréis otros cristianos que os están aguardando hace ya muchos dias para confesarse. Como deben cultivar sus tierras y mantener su familia, van á partir luego si no os dignais escucharles, por lo que es preciso entrar de nuevo en el confesonario. No es esto todo; á la mejor ocasion os pilla la fiebre, y si durante su mas rudo acceso os vienen á buscar para un enfermo, ¿qué deberéis hacer? Cuando hemos llegado, guardaba cama el P. Esteve á causa de la fiebre; se le habia enviado á respirar los aires de Van-Dam, á fin de restablecerse mas fácilmente (y sin embargo como se viese tambien allí obligado á confesar continuamente, vióse de nuevo atacado por la fiebre): el domingo para descansar deben decirse dos misas, en dos diferentes puntos, y hacer en cada una de ellas las pláticas de costumbre; para confortarnos tenemos aquí muchos ayunos que debemos observar rigurosamente para la edificacion de los fieles. No os impacientéis sobre todo, mi muy querido Padre, porque es justamente la paciencia en este país la primera virtud que se debe tener; porque sin ella nada bueno podria hacerse en China. No os hablo del calor, que es excesivo en ciertas temporadas; hace poco tiempo que causó súbitamente la muerte á tres alumnos del pequeño seminario. En medio de todas estas fatigas, recibe el misionero inmensos favores que son casi siempre mayores que las necesidades que experimenta.»

Este cuadro de tantas miserias y de infinitas preocupaciones habria debido desalentar á todos los hombres que buscan el cielo por el martirio ó la gloria por el apostolado de la ciencia. Los jesuitas destinados á evangelizar la China no deben arrostrar los peligros ni sostener las luchas de otras veces; pero en cambio han de resignarse á sufrir aquella penosa vida que el P. Clavelin les revela. Á pesar de todo, solo aguardan para justificar á los ojos del mundo el entusiasmo de las misiones, no una existencia sembrada de peligros desconocidos, viajes extraordinarios y poéticas aventuras, sino una vida de oscuridad, trabajos, cuidados, y, por decirlo así, de abnegacion sacerdotal. Pero al fin de tantas fatigas sin reposo saben que el Cristianismo habrá conquistado nuevos reinos, que la fe se introducirá paulatinamente en el Celeste imperio, y eso les basta para seguir tranquilos y felices en su gloriosa senda empezada.

Nunca quizás el hombre llevó mas léjos el desprecio de la muerte, nunca hubo tanta intrepidez calculada en la defensa de ninguna causa. En todos los confines del universo, entre los hielos de las montañas Rocosas, como bajo los ardorosos rayos del sol de las Indias, se entregan los Jesuitas voluntariamente á los suplicios que les causa la diversidad de los climas. Una muerte prematura les aguarda en todos los países; pero no por ello logra disminuir su ardor, ni aun entre los mismos jefes de la Orden. Tal es la condicion del triunfo de la cruz. ¿Qué importa á los hijos de Loyola caer sin vida en el campo de batalla? La Santa Sede los ha colocado en la avanzada mas peligrosa, y como verdaderos soldados de la Iglesia militante, saben guardar su puesto hasta la muerte, sin pedir por toda recompensa mas que una plegaria sobre su tumba ignorada en el desierto. Los neófitos de las antiguas cristiandades habian obtenido del Soberano Pontífice el regreso de sus misioneros; en vista de lo cual el Obispo de Halicarnaso, vicario apostólico de Pondichery, escribió á Roma implorando tambien la gracia de que se le enviaran algunos jesuitas. Los fieles del Maduré se hallaban expuestos al cisma, á la apostasia y á la corrupcion, por minar insensiblemente los paganos el Catolicismo; los Luteranos y los Anglicanos les provocaban á la defeccion por medio de falaces promesas, y léjos de salvar su rebaño procuraban los sacerdotes impulsarlo hácia el abismo desmoralizándolo con el escándalo de sus costumbres. El mal era evidente; pero la Congregacion de la Propaganda lo remedia erigiendo el Maduré en vicariato apostólico, y lo confia al cuidado del Instituto de Jesús por conocer los Padres la perfecta union que reinó siempre entre los Jesuitas del Indostan y los sucesores de las Misiones extranjeras de Francia: el recuerdo del abate Dubois, superior entonces de aquella casa, vivia aun en todos los corazones; por lo que resolvieron los hijos de san Ignacio dar á sus cooperadores un testimonio de afecto, gratitud y estimacion. Debia formar el Maduré una diócesis aparte, tenia por jefe espiritual á un Padre de la Compañía; pero los Jesuitas suplicaron á la Santa Sede que les relevara de aquel cargo y les dejase bajo la dependencia del Obispo de Pondichery<sup>1</sup>; cuya

<sup>1</sup> La cristiandad de Pondichery conservaba un precioso recuerdo de los Jesuitas, por deber á la abnegacion de uno de los misioneros de la Orden su mas hermosa iglesia. Cuando los franceses llevaron por primera vez la guerra en el interior de la India contra los ingleses, pidió el general de Bussy que le acompañara en su expedicion un discípulo de Loyola, designándose para ello el Pa-



peticion fue atendida, á pesar de que no hubieran debido los Jesuitas hacerlo.

Renunciaron por humildad el episcopado, prefiriendo la obediencia al mando; pero en aquellas lejanas riberas no es la sumision sino el conocimiento del poder y el modo de emplearlo lo que ofrece mas serias dificultades. En un país tan distante del centro comun pueden ocurrir mil conflictos de jurisdiccion, y haber opiniones opuestas en el modo de interpretar las leyes y las costumbres del país; este desacuerdo, que ha sido muchas veces causa de serias diferencias, habia sido conjurado por la medida que adoptó la Santa Sede al tomar la iniciativa en el Maduré. Al declinar el peso del episcopado que habian aceptado los antiguos Jesuitas en la Etiopia y el Japon, se creyeron los nuevos hijos de Ignacio cumplir así mejor con el espíritu de sus Constituciones; sin pensar que con aquella abnegacion impolitica iban á dar tal vez la señal de nuevos disturbios. Trabajaba la Orden de Jesús allende los mares sobre un plan ya trazado de antemano. Sus hombres apostólicos conocian por tradicion las necesidades del país en que ejercian su ministerio; por lo tanto debian prescindir de los arrebatos de celo y emulacion á los cuales debia ceder aunque á su pesar muy pronto cualquiera extranjero. El misionero pasa, pero el Instituto queda, por lo que creemos que á fin de prevenir esos funestos debates, hubiera sido prudente por parte de los Jesuitas conformarse á las intenciones de la Propaganda.

De todos modos, embarcáronse en 4 de julio de 1837 en Burdeos para Pondichery los PP. Bertrand, Garnier, Martin y Duranquet; siendo acogidos por dos sacerdotes de las Misiones extranjeras, los abates Mahay y Mousset, con la mas cordial gratitud. Se lo habian ya preparado todo de antemano, y quisieron participar de sus fatigas y de los triunfos venideros que solo debian obtener despues de una terrible y continua lucha. Numerosos eran los obstáculos que

dre de Montjustin, el cual supo granjearse en poco tiempo la confianza del ejército. La expedicion fue feliz y el botin inmenso; repartiéronse los despojos del enemigo entre jefes y soldados, y como fuese el Jesuita considerado como coronel, le tocó una suma de cerca veinte mil duros; pero Montjustin la rehusó alegando su voto de pobreza. El ejército, empero, quiso obligarle á aceptarlo, mandándole recogiera el dinero que se le habia destinado. No estuvo, sin embargo, por mucho tiempo esta fortuna en poder del misionero: solo contaba la ciudad de Pondichery con una pobre capilla, y el Jesuita hizo construir en ella una de las mas grandes iglesias de la India.

parecian condenar al Maduré á una eterna ignorancia ; era uno de los mayores de ellos la abierta pugna en que estaban con la Santa Sede los sacerdotes de Goa , los cuales engañaban la fé de los pueblos con bulas supuestas , hallando un apoyo moral en los magistrados anglicanos. En presencia de aquel cisma que iba cada dia ganando terreno , los vicios se multiplicaban con los abusos , y las facciones habian despertado antiguos odios : ligados los cismáticos con los Luteranos se oponian con todo su poder á la accion de los Jesuitas. Vióse sin asombro á Mahay y Mousset combatir aquellas causas de disolucion católica ; pero cuando los Padres de la Compañía fueron aumentando en aquel país que sus antecesores habian hecho cristiano , conoció la coalicion que debia aplastar á sus temibles adversarios ó ser vencida irremisiblemente por ellos ; lo que determinó hacer desde luego.

Los magistrados ingleses , menos justos que los de Calcuta , formaban causa comun con los cismáticos ; así es que dieron algunos decretos prohibiendo á los Jesuitas el acceso á las iglesias construidas por sus predecesores. Cuatro eran tan solo los Padres que debian luchar contra tantos obstáculos y sostener á los católicos desalentados ; pero no por ello dejaron los Jesuitas de defender su causa. Se les privó del derecho de predicar y orar en las iglesias , por lo que les fue preciso convertir en templos algunas cabañas de follaje ; se les arrojó de toda casa habitada , y ellos se resignaron á una existencia vagabunda ; procuróse con injuriosas sugerencias hacerles perder la confianza en los Católicos , y los Jesuitas se dispersaron y multiplicaron á fin de despertar en las almas los sentimientos de fe. Evangelizaron el Tangaour y el Tonduman ; se dirigieron á Trichinápoli en el Aour y en el Marawa : hablaron , y á su voz levantáronse diferentes iglesias. En presencia de aquella tenacidad que no cejaba ante ningun peligro , empezó la liga de los cismáticos á reconocer su impotencia : no pudiendo vencer el valor de los Jesuitas , recurrió al veneno. Por tres veces consecutivas se libran los Padres de sus infames tentativas , hasta que por último lo repitieron nuevamente en el santo sacrificio de la misa.

En medio de aquella guerra encarnizada y bajo un clima ardiente , Bertrand , Garnier , Martin y Duranquet se entregaban con un fervor incansable á las fatigas de la mision , debiendo hacer á todas horas penosísimas marchas para instruir y fortificar á los fieles , prevenir las defecciones y regenerar el pueblo. Tan pronto debian ir

bajo los rayos ardientes del sol como al través de los abundantes rocíos de la noche , debiéndose hallar en todas partes á fin de que su accion vivificara la caridad y diera á las cristiandades huérfanas la energía necesaria para resistir al enemigo que intentaba seducirlas. Aquellos viajes cuyo término debia ser la muerte , les hacian sufrir todos los tormentos del hambre , de la sed y del insomnio : unas veces se veian abrasados por el calor , y otras casi anegados en torrentes de lluvia ; sin hallar ni siquiera una sombra durante el dia para preservarse del sol , ni un abrigo para reclinar su cabeza fatigada durante la noche ; rodando siempre de este modo dentro un círculo perpétuo de sacrificios. La muerte vino , por fin , á servir de auxiliar á los odios acumulados sobre la cabeza de los Jesuitas. En pocos dias de intervalo perecieron los PP. Martin y Bournet : la Compañía , que no quiso dejar sucumbir al peso de tantos trabajos y quebrantos á los primeros operarios enviados al Maduré , determinó enviar otros nuevamente á fin de que pudieran compartir con ellos los cuidados del apostolado. Las fiebres cerebrales ó el cólera , cuyos regresos son periódicos , acabaron en algunos años con casi toda aquella generacion de nuevos misioneros : Sardos , Charignon , Perrin , Duranquet , Garnier , Clifford , Deschamps y Faurie murieron el año 1843 en la flor de la edad víctimas de su valor ó de su caridad. Como el P. Garnier , su superior , habian participado de la esperanza que su talento habia hecho concebir. La muerte , no obstante , vino á diezmarlos con tanto furor que al recibir tan tristes noticias fue inmenso el dolor de toda la Sociedad de Jesús. Como memoria , sin embargo , en el Maduré por la gloria de Dios y de la Iglesia , presentáronse nuevos soldados de la cruz en cada provincia de la Orden resueltos á ir á arrostrar allí todos los peligros y hasta la misma muerte. Pronto vino á ser el Maduré para la Compañía un vasto campo de batalla , en el que todos se disputaban el peligroso honor de combatir exclamando unánimes : *Eamus et moriamur!* En vista de aquel universal deseo comprendieron los jefes de la Orden que se debia alentar la esperanza de los que sobrevivian á tantos desastres , y que á toda costa debia evitarse que los pueblos pudiesen dudar del Instituto. Enviáronse , pues , al Maduré seis Padres y dos hermanos coadjutores , los cuales llegaron despues de cincuenta dias de navegacion anunciando á sus hermanos nuevos refuerzos , y saludando con la mas pura alegría aquella nueva tierra que cubrian de lágrimas y besos , á pesar de que iba probablemente á tragarles á su vez.

Esta confianza en sus esfuerzos aumentaba á proporcion de los obstáculos y reveses; aquella energía que no cejaba ante ningun sacrificio, no dejaba ninguna duda sobre el carácter y aspiraciones de los Jesuitas. Manifestaba además el poder de una corporacion sobre algunos misioneros aislados, y enseñaba á los habitantes del Indostan que nada, ni aun la misma muerte, era capaz de arrancar á los Padres de aquel suelo en que habian hecho germinar el Catolicismo. Los Jesuitas que sembraban lágrimas no creian poder recoger goces; sin embargo, despues de tantas calamidades, pareció quedar asegurado su triunfo. Vencieron á los cismáticos, contuvieron los progresos del Anglicanismo, y sellaron los labios de los sacerdotes culpables que ocultaban su desobediencia ó sus crímenes bajo la mitra de su cómplice el Arzobispo de Goa. De aquellos restos de cristiandades sin union y sin esperanza lograron formar un rebaño de ciento veinte mil neófitos: como el buen pastor, dieron los Jesuitas su vida por sus ovejas, pues todo lo sufrieron hasta la misma muerte para salvar á los catecúmenos de las asechanzas tendidas á su fe. Se acostumbraron á los usos y al clima del Maduré, y como no tardasen en poseer el idioma tamoulo, empezaron á extender sus conquistas hasta entre los paganos. Levantóse un colegio en Negapatam, que fue el faro protector de la educacion en aquella tierra inculta, fecundizada, al fin, con torrentes de sangre generosa. Como el apóstol san Pablo<sup>1</sup>, al escribir á Timoteo, puede decir el jesuita del Maduré con todos los misioneros del Instituto: «He combatido bien, he terminado mi carrera; he conservado la fe. Solo me resta aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor como juez recto me entregará en aquel gran dia, no solamente á mí, sino á todos los que desean su advenimiento.»

<sup>1</sup> Epístola II de san Pablo á Timoteo, IV, 7.

## CAPÍTULO VII.

Los Jesuitas en Bélgica desde 1830. — El P. Bruson reemplazado por el P. Van Lil. — Entran en los colegios. — Noviciado de Nivelles. — Fundacion de nuevos establecimientos. — La universidad católica de Lovaina. — Los belgas secundan á los Jesuitas. — El Rey de Holanda los protege. — Muerte del P. Van Lil. — El P. Franckeville, provincial. — Leopoldo de Bélgica y los Jesuitas de Namur. — Los Jesuitas constitucionales en Bélgica y demócratas en Suiza. — Motivos de esta diferencia. — Su neutralidad en los negocios del Estado. — Se declara la Joven Suiza contra los hijos de san Ignacio. — Quieren los revolucionarios obligarles á salir del Valais. — Combate del Trient. — Pide Lucerna Jesuitas. — José Leu y los Católicos. — Mision de tres jesuitas en el canton. — Consulta el Gran Consejo los cantones y los pueblos vecinos. — Contestacion de algunos obispos. — Se opondrá la Joven Suiza á la entrada de los Padres. — Acuden los lucernenses al Papa y al General de la Orden. — Actitud de los habitantes del canton. — Interviene una convencion entre los Jesuitas y los lucernenses. — Los cuerpos francos. — Sostienen secretamente el Vorort. — Invaden el territorio de Lucerna. — El general Sonnenberg. — Victoria de los Católicos. — Calumnias que se les hacen. — Los PP. Simmen y Burgstahler en Lucerna. — Asesinato de Leu. — Los Jesuitas en el seminario de Lucerna. — Su situacion en Francia despues de la revolucion de julio. — Vense obligados á ocultarse. — Reaparecen en el momento del cólera. — El P. Barthés en Perona. — Detencion de los Padres Druilhet y Besnoin. — Pide Carlos X un jesuita para la educacion del duque de Burdeos. — Situacion de la corte proscrita. — Carta del General del Instituto á los PP. Deplace y Druilhet, los cuales acuden á la invitacion del anciano Rey. — El partido legitimista. — Sus divisiones. — El P. Deplace y el duque de Burdeos. — Intrigas inventadas para hacer despedir á los dos Padres. — Retranse los Jesuitas. — Muerte del P. de Maccarthy y del P. Potot. — La elocuencia del uno y las virtudes del otro. — Llaman algunos obispos á los Jesuitas en sus diócesis. — Secundan estos el movimiento religioso, así en el púlpito, como en el confesonario. — Propagan los ejercicios eclesiásticos. — Los predicadores de esos ejercicios. — Sus resultados en el apostolado alarman la Universidad. — El abate de Lamennais y el cuerpo enseñante. — Mr. Cousin y su filosofia. — Inserta en el programa del bachillerato las dos primeras provinciales. — Plan de algunos universitarios para que se aplaque la ley sobre la libertad de enseñanza. — Nadie, en 1839, teme ya á los Jesuitas. — Decide Mr. Cousin á la Academia francesa á proponer el elogio de Pascal como premio de elocuencia. — Invade el eclecticismo todo el cuerpo enseñante. — Su intolerancia. — Sus primeros ataques contra los Jesuitas. — Mr. Thiers y Mr. Guizot. — Carácter de ambos escritores en el poder. — Prosigue la Universidad su lucha. — Proyectos de composicion. — Arnaldo con-